

VI.

**La cena en cuarteto.**

Aquellos señores creían asistir á una comedia. No estaban seguros de que, en efecto, no estuvieran representando una escena, porque hasta Gantua tenía cierto aire de actor.

—Dispénsenme Vds. (dijo éste, después de un ligero saludo); no tengo tarjetas aquí; pero les diré mi nombre: Soy Santiago de Ferrier, llamado Gargantua, sin saber por qué; si no me equivoco, fué mi madrina la señorita Esther, aquí presente. Empecé por ser pintor de muestras; las rosas caían de mi paleta como una lluvia. Concluí por ser un buen pintor de todo. Y la prueba es que me han rechazado en la última exposición, lo mismo que á Rousseau, Corot y Juillet; pero si tienen Vds. algún retrato que hacer, mi pincel no es malo. Para informes, no les enviaré á mi maestro, porque soy discí-

pulo de mí mismo, y me doy lección todos los días.

Había allí un príncipe napolitano, el príncipe Ciercara; un conde ruso, el conde de Obreskoff, y un poeta francés, Alfredo de Musset, los cuales aceptaron alegremente la invitación de Gantua.

Esther se echó á reir, al pensar que había ofrecido una cena que no existía; así es que cuando llegó la hora de partir, les dijo en alta voz:

—Señores, mi cocina está en el café de París.

Nunca hubo una cena más alegre. En esta vida, las fiestas improvisadas son las más encantadoras.

Á los postres, Alfredo de Musset escribió con lápiz unos versos á Esther. Gantua cantó una de las canciones que cantaba la joven en otros tiempos:

Si más de lo regular  
Suelo alguna vez beber,  
No es cosa particular  
Que sacuda á mi mujer.

Después de la última estrofa, Esther se le acercó, y le dijo:

—Abrazame, amigo mío.

Estaba muy conmovida; pero la misma emoción le había ido haciendo olvidar sus triunfos de aquella noche; y recordándole la imagen de M. de Ravigny, Gantua vió lágrimas en sus ojos.

—¿Llora V. ?—le dijo.

—Es de alegría,—respondió.

Pero eran lágrimas bien amargas.